

perdonado este juicio, y aun se hubiera complacido en la derrota; ni quien es opulento en grado tan soberano y excepcional pierde nada por algunos tercetos más ó menos felices. De los requiebros que dirige á su encubierta admiradora, pondré alguna muestra, para completar este curioso capítulo de costumbres literarias:

Bien sé que en responder crédito empeño;
Vos, de la línea equinoccial sirena,
Me despertáis de tan profundo sueño.

¡Qué rica tela, qué abundante y llena
De cuanto al más retórico acompaña!
¡Qué bien parece que es indiana vena!

Yo no lo niego: ingenios tiene España;
Libros dirán lo que su musa luce,
Y en propia rima imitación extraña;

Mas los que el clima antártico produce
Sutiles son, notables son en todo;
Lisonja aquí ni emulación me induce.

Apenas de escribiros hallo el modo,
Si bien me le enseñáis en vuestros versos,
Á cuyo dulce estilo me acomodo.

En mares tan remotos y diversos,
¿Cómo podré yo veros, ni escribiros
Mis sucesos, ó prósperos, ó adversos?

Del alma que os adora sé deciros
Que es gran tercera la divina fama;
Por imposible me costáis suspiros.

Amo naturalmente á quien me ama,
Y no sé aborrecer quien me aborrece;
Que á la naturaleza el odio infama.

Yo os amo juntamente, y tanto crece
Mi amor, cuanto en mi idea os imagino
Con el valor que vuestro honor merece.

Á vuestra luz mi pensamiento inclino,
De cuyo sol antípoda me veo,
Cual suele lo mortal de lo divino.

.....
Que no son menester las esperanzas
Donde se ven las almas inmortales,
No sujetas á olvidos ni á mudanzas.

Y cortésmente se excusa al fin de la epístola de no escribir el poema de Santa Dorotea, dejándole á la devoción de la misma poetisa:

Y pues habéis el alma consagrado
Al cándido pastor de Dorotea,
Que inclinó la cabeza en su cayado,
Cantad su vida vos, pues que se emplea
Virgen sujeto en casto pensamiento,
Para que el mundo sus grandezas vea (1).

.....

¿Es esta *Amarilis* la misma poetisa celebrada en el *Laurel de Apolo* como *fénix rara* de Santa Fe de Bogotá? No es inverosímil que de Huanuco pasara á establecerse al Nuevo Reino de Granada, pero no me atrevo á afirmarlo.

Ni menos á identificarla, porque diferencias de estilo lo vedan, con otra egregia poetisa peruana, discípula del sevillano Diego Mexía, cuyo *Parnaso Antártico* honró con su *Discurso en loor de la Poesía*, que integro va en esta colección, no sólo como precioso documento de historia literaria, por las noticias rarísimas que contiene de ingenios del Virreinato, sino como un curioso ensayo de *Poética*, como un bello trozo de inspiración didáctica, del cual ha dicho, no sin razón, el ilustre colombiano Pombo que «rara vez en verso castellano se ha discurrido más alta y poéticamente sobre la poesía» (2).

(1) Las dos epístolas de *Amarilis* á Belardo y de Belardo á *Amarilis* se hallan en el tomo I de las *Obras sueltas* de Lope de Vega, edición de Sancha, páginas 457 y 468.

(2) En el prólogo á las *Poesías de Doña Agripina Montes del Valle* (Bogotá, 1883), pág. XLVIII.

Compárese, por ejemplo, con el *Ejemplar Poético* de Juan de la Cueva, que es del mismo tiempo y de la misma escuela y hasta del mismo metro, y se verá cuánto más excelsa concepción de la poesía tenía la *grande anónima*, y qué forma tan elegante y graciosa alcanzó á dar á sus nociones estéticas, á pesar de las sombras de pedantismo que empañan algunas páginas, y la flaqueza de versificación que se advierte en otras.

Quién fuera ella, parece hoy imposible adivinarlo. Mexía nos la presenta como «una señora principal de este Reino, muy versada en la lengua Toscana y Portuguesa, por cuyo mandamiento y por justos respetos no se escribe su nombre, con el qual discurso (por ser de una heroica dama) fué justo dar principio á nuestras heroicas epístolas». Ni era ella sola la mujer que honrase entonces las letras en el Perú, puesto que habla de otras tres, aunque sin nombrarlas:

Y aun yo conozco en el Pirú tres damas
Que han dado en poesía heroicas muestras....

Una de ellas sería probablemente la *Amarilis* que escribió á Lope; otra, quizá, la D.^a Jerónima, de Quito que entonces se consideraba como parte del Perú. En cuanto á los poetas, fué la anónima más explícita, dándonos como el *Laurel de Apolo* ó el *Canto de Calíope* de la colonia. Hasta diez y siete cita por sus nombres: unos venidos de España, otros naturales de las regiones antárticas. Impreso el *Elogio* pocas páginas adelante, no hay para qué repetirlos aquí, puesto que de algunos hemos hablado ya; otros son totalmente desconocidos ó no han dejado más memoria que algún soneto laudatorio ó composición de certamen; y de los restantes

pasamos á dar breve razón, conforme á lo que de sus obras resulta.

Tuvo el Perú, de igual suerte que México, la fortuna de ser visitado en el siglo de oro por muy preclaros ingenios españoles, que dejaron allí una tradición castiza y de buen gusto. Casi todos estos poetas eran andaluces y los más pertenecían á la escuela sevillana, de la cual la primitiva poesía de la América española puede considerarse como una rama ó continuación. Fué de los primeros el ya citado Diego Mexía, el más feliz traductor de las *Heroidas* de Ovidio que hasta ahora ha logrado nuestra lengua, traductor fiel no tanto á la letra como al espíritu poético lánguido y muelle del original; hábil en la expresión de los afectos y ternezas de amor; versificador desigual y negligente, en quien no son raros los aciertos exquisitos contrapesados por gran número de prosaísmos y locuciones forzadas. La forma dura y estrecha del terceto que en toda su versión adoptó, no es molde adecuado para el distico latino, y hubo de arrastrarle muchas veces á desleir los pensamientos en larga y soñolienta paráfrasis. La *Epístola de Safo á Faón* descuella entre todas por el mayor número de bellezas: no sin razón la eligió Quintana para muestra en su *Colección de Poesías Selectas*, honra que á poquíssimas traducciones quiso dispensar su severo juicio. «El tono elegíaco (dice aquel gran maestro) está bastante sostenido en toda la obra, y son pocas las de su clase que presenten trozos tan naturales, tan bien sentidos y tan felizmente expresados, como la pintura que Safo hace de sí misma cuando le dan la noticia de la fuga de su amante, la del bosque donde entra á veces á meditar en su tristeza y á recordar sus pasadas deli-

cias, y la de su ilusión en que se figura que Faón viene surcando los mares á buscarla» (1).

El trabajo de Diego Mexía, aunque por la patria de su autor no sea americano, lo es por la tierra en que se emprendió y terminó, como largamente declara el autor en su curiosísimo prólogo: «Navegando el año pasado de noventa y seis, desde las riquísimas provincias del Pirú á los Reinos de la Nueva España (más por curiosidad de verlos que por el interés que por mis empleos pretendía), mi navío padesció tan grave tormenta en el golfo llamado comúnmente del Papagayo, que á mí y á mis compañeros nos fué representada la verdadera hora de la muerte. Pues demás de se nos rendir todos los árboles (vispera del gran Patrón de las Españas, á las doze horas de la noche, con espantoso ruido, sin que vela ni astilla de árbol quedasse en el navío, con muerte arrebatada de un hombre), el combatido bajel daba tan temerarios balances, con más de dos mil quintales de azogue que por carga infernal llevaba, sin mucho vino y plata y otras mercaderías de que estaba suficientemente cargado, que cada momento nos hallábamos hundidos en las soberbias ondas. Pero Dios (que es piadoso padre) milagrosamente y fuera de toda esperanza humana (habiéndonos desahuciado el piloto) con las bombas en la mano y dos bandolas, nos arrojó día de la Transfiguración en Acaxu, puerto de Sonsonate. Aquí desembarqué la persona y plata, y no queriendo tentar á Dios en desaparejado navío, determiné ir por tierra á la gran ciudad de México, cabeza (y con razón) de la

(1) *Colección de Poesías Selectas Castellanas*, t. III (ed. de 1830), pág. 429.

Nueva España. Fuéme dificultosísimo el camino, por ser de trescientas leguas; las aguas eran grandes por ser tiempo de invierno; el camino áspero, los lodos y páramos muchos, los ríos peligrosos y los pueblos mal proveídos, por el cocoliste y pestilencia general que en los Indios había. Demás desto, y del fastidio y molimiento que el prolijo caminar trae consigo, me martirizó una continua melancolía por la infelicísima nueva de Cádiz y quema de la flota mexicana, de que fui sabidor en el principio deste mi largo viaje. Estas razones y caminar á passo fastidioso de requa (que no es la menor en semejantes calamidades), me obligaron (por engañar á mis propios trabajos) á leer algunos ratos en un libro de las Epístolas del verdaderamente poeta Ovidio Nasón, el cual, para matalotaje del espíritu, por no hallar otro libro, compré á un estudiante en Sonsonate. De leerlo vino el aficionarme á él, y la afición me obligó á repassarlo, y lo uno y lo otro y la ociosidad me dieron ánimo á traducir, con mi tosco y totalmente rústico estilo y lenguaje, algunas epístolas de las que más me deleitaron. Tanto duró el camino y tanta fué mi constancia, que cuando llegué á la gran ciudad de México Tenustlitan, hallé traducidas, en tres meses, de veinte y una epístolas las catorce..... Y considerando que mi entrada en la Nueva España (respecto de la grande falta de ropa y mercaderías que en ella había) se dilataba por un año, me pareció que no era justo desistir desta impresa; y más animado de los pareceres de algunos hombres doctos: y así mediante la perseverancia le di el fin que pretendía.»

Conste, pues, que el lauro poético de Diego Mexía ha de repartirse entre México y el Perú, y que esta tra-

ducción no fué obra de pacífico humanista, labrada y pulida en quieto y estudioso retiro, sino diversión y alivio de interminables jornadas por tierras bárbaras y remotas, tras de tormentas, huracanes y naufragios. «El ingenio (dice el autor) y talento que Dios fué servido de darme, si es alguno, es bien poco, y esse ocupado y distraydo en negocios de familia y en buscar los alimentos necesarios á la vida; la inquietud del espíritu es tan grande como la del cuerpo, pues ha veinte años que navego mares y camino tierras por diferentes climas, alturas y temperamentos, barbarizando entre bárbaros, de suerte que me admiro cómo la lengua materna no se me ha olvidado..... La comunicación con hombres dotos (aunque en estas partes hay muchos) es tan poca, cuan poco es el tiempo que donde ellos están habito, demás que en estas partes se platica poco desta materia, digo de la verdadera poesía y artificioso metrificar; que de hacer coplas á bulto, antes no hay quien no lo profese. Porque los sabios que desto podrían tratar, sólo tratan de interés y ganancias, que es á lo que acá los trajo su voluntad, y es de tal modo que el que más doto viene se vuelve más perulero..... ¡Oh, dichosos (y otra vez dichosos) los que gozan de la quietud de España, pues con tanta facilidad y con tantas ayudas de costa pueden ocuparse en ejercicios virtuosos y darse á los estudios de las letras! y ¡oh, mil veces dinos de ser alabados los que á cualquier género de virtud se aplican en las Indias, pues demás de no haber premio para ella, rompen por tantos montes de dificultades para conseguirla!» (1).

(1) *Primera parte del Parnaso Antártico de obras amatorias. Con las vein-*

Mucho más que del culto ingenio de Mexía puede gloriarse Lima de haber dado hospitalidad en su convento de Predicadores, como regente de Estudios y maestro y Lector de Teología, al que sin empacho podemos llamar el primero de nuestros épicos sagrados, émulo victorioso del obispo Jerónimo Vida y digno de emparejar á veces con Milton y Klopstock. Fué éste el dominico sevillano Fr. Diego de Ojeda, grande entre los raros poetas de su orden, y de primera nota entre los de España, por más que tanto tiempo pesara sobre él injustísimo olvido, de que por fin vino á redimirle la alta y serena crítica de Quintana. No hay en la *Cristiada*, ni cuadraba al sublime y tremendo asunto que el religioso

tiuna Epistolas de Ovidio y el «In Ibis» en tercetos. Dirigidas á don Juan de Villela, Oydor en la Chancilleria de los Reyes. Por Diego Mexia, natural de la ciudad de Sevilla, i residente en la de los Reyes, en los riquissimos Reinos del Pirú. Año 1608. Con privilegio; en Sevilla. Por Alonso Rodriguez Gamarra, 4.º

Las *Heroidas* se reimprimieron en el t. XIX de la Colección Fernández, y recientemente en la *Biblioteca Clásica*; pero en una y otra edición hubo el mal acuerdo de suprimir la mayor parte de los preciosos preliminares del libro, y con ellos la *carta* de la señora peruana. Tampoco está en las reimpressiones modernas la traducción del *Ibis*. De modo que el *Parnaso Antártico* sólo puede ser conocido íntegramente consultándole en la primera edición. Exórnanla sonetos laudatorios del Licenciado Pedro de Oña, en nombre de la *Antártica Academia de la ciudad de Lima en el Perú*, del Dr. Pedro de Soto, catedrático de Filosofía en México, en nombre de su *claustro*, y de Luis Pérez Ángel, natural, ó á lo menos vecino, de Arica, según se infiere del elogio de la incógnita poetisa:

Con gran recelo á tu esplendor me llevo,
Luis Pérez Ángel, norma de discretos,
Porque soy mariposa y temo el fuego.
Fabrican tus romances y sonetos,
Como los de Anfión un tiempó á Tebas,
Muros á Arica, á fuerza de concetos.

poeta eligió, la fantasía intemperante y deslumbradora, el lujo oriental ó tropical del *Bernardo*, ni tampoco la novedad de materia y color que realzan la *Araucana*; pero es, sin disputa, el mejor compuesto de nuestros poemas, el más racional en su traza y distribución de partes, el que penetra en esferas más altas del sentimiento poético, el más lleno de calor, de elocuencia patética, de afectos humanos, de viva y penetrante efusión, que en ciertos pasajes, como el cuadro de los azotes, es capaz de arrancar lágrimas al lector menos pio. La ardiente elocuencia de nuestros ascéticos, la del venerable Granada, sobre todo, en sus *Meditaciones sobre la Pasión*, nadie la ha igualado entre nuestros poetas, salvo el P. Ojeda. Si en España no estuviera el gusto tan rematadamente estragado, no andaría la *Cristiada* confundida y olvidada en un rincón de la *Biblioteca de Autores Españoles*, sino que se multiplicarían sus ediciones para deleite de las almas devotas, no menos que de los hombres de buen gusto. Quintana hartó hizo con sacarla de la obscuridad y recomendarla, venciendo su genial antipatía contra la poesía religiosa. «La pompa y brillantez de las descripciones (dice), la belleza general de los versos y del estilo corresponden casi siempre á la grandeza de la intención y de los pensamientos..... El lenguaje de la *Cristiada* es propio, puro, natural, ajeno enteramente de la afectación, pedantería, conceptos y falsas flores que corrompieron después la elocuencia y la poesía castellana..... No se hallarán en Ojeda imitaciones de otros poetas antiguos ni modernos: el lenguaje de la Escritura y de los libros ascéticos son las fuentes de su dicción, que hierve toda de expresiones sublimes á veces, á veces tiernas y dulces, y frecuentemente también tocando

en familiares y bajas por su extremada naturalidad y sencillez» (1).

A esta familiaridad, que á veces degenera en prosaísmo y bajeza; á ciertos resabios escolásticos y de controversia teológica (que no sería difícil encontrar también en Dante y en Milton); á la falta de plenitud y cadencia en algunos versos y de esmerada construcción en muchas octavas; á la falta de energía con que están presentados los caracteres; atribuye principalmente Quintana el que la *Cristiada*, con valer todo lo que vale y ser, bajo muchos respectos, superior á todos los productos de nuestra musa épica, no pueda clasificarse sin reserva entre las obras maestras de su género, aunque, mirada á trozos, llegue á confundirse con ellas. Yo creo que lo que principalmente la daña es cierto género de ejecución menuda y algo candorosa, cierto abandono infantil, más propio de libro de devoción que de poema épico, y una verbosidad desatada que roba nervio á la dicción y energía á las situaciones, y deja ver con frecuencia detrás del poeta al orador sagrado. Pero cuando Ojeda acierta, ¿quién de nuestros épicos acierta como él? La vestidura que lleva el Salvador al Huerto, en la cual estaban representados los pecados del mundo; la Oración personificada que sube al cielo á pedir á Dios por su Hijo; el hermoso movimiento lírico con que el poeta interviene en el cuadro de los azotes *Yo pequé, mi Señor, y tú padeces.....*; los consuelos del arcángel Gabriel á la Virgen María vaticinándole la resurrección de su hijo; el cuadro todo de la Crucifixión, y especialmente el momento del eclipse.....: estas y otras innume-

(1) Prólogo de la *Musa Épica* (t. I, edic. de 1833), pág. 48.

rables cosas que hay en el poema de nuestro dominico son de magnífica y soberana poesía, y todo hombre de buen gusto dirá como dijo Quintana del último de los trozos mencionados: «Yo no conozco cosa que se aventaje en grandeza á este pedazo de poesía, y puede ir á la par con cualquiera de las ideas sublimes que se admiran en Homero, Dante, Miguel Angel, Milton y los demás poetas y pintores de esta fuerza.»

¡Singular privilegio del suelo americano, el que en él hayan sido compuestas las tres principales epopeyas de nuestro siglo de oro: la histórica en Chile, la sagrada en el Perú, la novelesca y fantástica en Méjico, Jamaica y Puerto Rico! (1).

Juntamente con el P. Ojeda daba culto á las musas otro dominico sevillano, Fr. Juan Gálvez, residente en el convento de Trujillo cuando la poetisa anónima escribía, dándonos razón de su patria:

El uno está Truxillo enriqueciendo;
 Á Lima el otro, y ambos á Sevilla
 La estáis con vuestra musa ennobleciendo.

(1) *La Cristiada*, del P. Maestro Fr. Diego de Hojeda, Regente de los estudios de los Predicadores de Lima; que trata de la vida y muerte de Cristo nuestro Salvador. Dedicada al Excmo. Sr. D. J. de Mendoza y Luna, Marqués de Montesclaros y Virrey del Perú..... Impreso en Sevilla en la imprenta de Diego Pérez, en la calle de Catalanes, año de 1611, 4.º Las aprobaciones están fechadas en Lima. Hay versos laudatorios de Lope de Vega, Mira de Amescua, Gregorio Rico y el Licdo. D. Gabriel Gómez.

No conozco más reimpression completa de este raro y precioso libro que la contenida en el t. 1 de los *Poemas Épicas* de la Biblioteca de Rivadeneyra. Un peruano, D. J. Manuel de Berriozábal, publicó en 1848 en París una re-fundición, ó más bien compendio del poema, y tengo idea de que esta re-fundición volvió á imprimirse en Barcelona.

Un joven dominico, de quien espera mucho la historia literaria de su orden, presentó años hace á la Facultad de Letras de la Universidad de Madrid una tesis doctoral acerca del P. Ojeda, con datos biográficos que no hemos visto en ninguna otra parte.

«Fr. Juan de Galves y Fr. Diego de Ojeda, uno en su *Historia de Cortés* y otro en su *Cristiada*, bien osarán publicar que las aguas del río Lima, que baña la ciudad de su nombre, no envidiarán jamás á las de Beocia», añade el Licdo. Bermúdez y Alfaro en el prólogo de la *Hispánica* de Luis de Belmonte. Nada sabemos de este poema sobre Hernán Cortés, y si su autor merecía realmente ser nombrado en compañía de tal poeta como Ojeda, nunca nos consolaremos de su pérdida.

Mucho se ha perdido también, pero bastante conservamos, de las excelentes obras de Luis de Belmonte Bermúdez, aunque en la memoria de los curiosos apenas le sobreviva otra cosa que su comedia de *El Diablo Predicador*, de tan atrevida y fantástica invención en la parte seria, de tan intenso y picante donaire en la parte cómica, la cual sirvió de remoto ejemplar á ciertas escenas episódicas del incomparable *Don Álvaro*. Pero el repertorio dramático de Belmonte, ya escribiendo solo, ya en colaboración, es mucho más copioso y de los más notables entre los de segundo orden.

Perdióse un libro suyo de doce novelas muy celebrado por el donaire, invención y agudeza de su prosa, en que comenzaba Belmonte por reanudar el hilo de la postrera de las *Ejemplares* de Cervantes, haciendo la vida del perro *Cipión* como el manco sano había escrito la de *Berganza*. De sus obras poéticas, aun permanece manuscrita en dos códices, uno de la Colombina y otro de Granada, la principal de todas; es decir, *La Hispánica*, poema sobre la conquista de Sevilla, rico de valientes octavas, y por todo extremo superior á la *Bética* de Juan de la Cueva. Con ser tan varia la fecundidad lite-

raria de Belmonte, aun fué mayor la variedad y extrañeza de los sucesos de su vida, desde que muy joven abandonó las orillas del patrio Betis, «gastando los años mejores de su vida en peregrinaciones navales». El licenciado Bermúdez y Alfaro, amigo, y, al parecer, deudo suyo, nos refiere sus andanzas en el prólogo que puso al frente de *La Hispánica* (1):

«Pasó á Nueva España en sus primeros años, y como su inclinación le guiase á ver nuevas provincias, navegó á las del Pirú el año siguiente (2), donde, á ejemplo de los floridos ingenios de Lima, volvió al estudio afable de las musas, alcanzando gran parte de la doctrina que en sus obras descubre..... Escribió Luis de Belmonte un poema vario en la invención, porque lo pedía el sujeto, de sucesos de aquellas provincias, con la sucesión de los virreyes suyos; que otro lo tuviera por caudal principal, y él apenas se acuerda de haberlo hecho: tanto se ha vencido con la fuerza del trabajo.

»Ofrecióse á la sazón salir una armada á las regiones del Austro, y como semejantes armadas tienen necesidad de cronistas, que así lo encarga S. M. expresamente, buscó el general Pedro Fernández de Quirós persona que hiciese este oficio, y asimismo quien usase el de secretario, que no siendo menester mucho para persuadir á nuestro autor, por su inclinación natural, aceptó la plaza, hallándose en él las partes que requerían ambos oficios, porque en razón de letra no conoce-

(1) Impreso en el *Ensayo* de Gallardo, t. II, páginas 62-69.

(2) Estaba ya en Lima el año 1605, según él propio advierte en el prólogo de la comedia *Algunas hazañas..... de D. García Hurtado de Mendoza*.

mos en España quien le exceda, y no sin dificultad se podrá hallar quien le iguale, si bien estima en poco un don tan excelente, siendo, como es, con el extremo que en él se conoce.

»Hizo su peregrino viaje, descubriendo en tres bajeltes la armada incultas y no domadas regiones, costeando la Nueva Guinea y las islas que llaman de Salomón, y parte de las dos Javas, Mayor y Menor, engolfándose después en el extendido archipiélago de San Lázaro, y, en fin, poniendo (como él mismo dice en una estancia) nombres á los mares, puertos y ríos; y más copiosamente en los últimos capítulos de un libro suyo en prosa, que saldrá entre las demás obras, guardando en silencio la historia de su jornada, que escribió en versos heroicos, hasta darle la última lima, por lo poco que se agrada de sus mismas obras.

»Gastó en la mar once meses y veinte días, que en golfos jamás descubiertos, con hambre y sed, tanto de la tierra como del sustento, claro es que serían los peligros grandes y los trabajos inmensos. Su almirante y lancha arribaron á las Malucas, á la sazón que acababa de ganarlas D. Pedro de Acuña, gobernador de Filipinas; y la capitana en que venía Luis de Belmonte, destrozada y perdida con la fuerza de los vientos, que pareció milagro, cobró á los seis meses últimos la costa de la Nueva España, prolongándola ochocientas lenguas por la banda del Sur. Al fin, por varios casos, llegó á seguro puerto; pasó á México segunda vez, donde, no pudiendo olvidar el manjar sagrado de las Musas, escribió, entre muchas comedias, que algunas hay impresas, la *Vida del patriarca Ignacio de Loyola*, en versos castellanos, que de su género dudo que alguno se le